

20260913. Ciclo A. XXIV Domingo del Tiempo Ordinario. El Espíritu del Perdón.

En algún momento, todos nos hemos encontrado en situaciones en las que sabemos que estamos llamados a perdonar. Sin embargo, cuando alguien nos ha herido profundamente, el perdón puede parecer casi imposible. ¿Por qué es tan difícil perdonar? ¿Cómo podemos perdonar de verdad a quien nos ha lastimado y seguir adelante? ¿Y por qué Jesús hace tanto hincapié en perdonar a quienes nos han fallado de una u otra manera?

Tenía verdadera curiosidad por el significado del perdón y su aplicación práctica en nuestra espiritualidad cristiana. El libro «Camino a la Felicidad» del arzobispo Fulton Sheen ofrece una respuesta contundente a estas preguntas. Esto es lo que aprendí al leer el capítulo 36, «El espíritu del perdón».

Hoy en día, el odio abunda en el mundo. Una de las razones es la culpa. Quien no se perdona a sí mismo fácilmente empieza a odiar a los demás. Cuando cargamos con pecados sin confesar, algo en nuestro interior se inquieta. Queremos sentirnos mejor con nosotros mismos. La manera correcta de lograrlo es admitir nuestros pecados, confesarlos y pedir perdón a Dios.

Pero a veces tomamos el camino incorrecto. En lugar de admitir nuestros propios errores, señalamos los de los demás. Hacemos que esa persona quede mal para sentirnos mejor con nosotros mismos. A veces, cuando herimos a alguien a quien amamos, empezamos a volvernos contra esa persona. Incluso podemos convencernos de que el problema es ella... Es fácil pasar del amor al odio. Pero volver del odio al amor es mucho más difícil. Requiere que seamos honestos, admitamos nuestros propios errores y busquemos el perdón.

Otra causa del odio es el miedo. Cuando las personas dejan de confiar en Dios, a menudo empiezan a temer a los demás. Los ven como amenazas. Y cuando tenemos miedo, es fácil enojarse y odiar. Pero existe otro tipo de temor: el temor de Dios; el temor de Dios es diferente. No es el temor de un esclavo ante un amo cruel. Es el respeto y la reverencia que un niño siente por un padre amoroso.

Cuando confiamos verdaderamente en Dios, no tenemos que vivir con miedo al mundo. Sabemos que Dios está con nosotros y nos guiará en los momentos difíciles. Pero cuando no confiamos en Dios, podemos empezar a ver a los demás como amenazas. Y ese miedo puede convertirse en odio. El odio es peligroso porque se propaga muy rápidamente. Una persona se enoja con otra. Esa persona se enoja con alguien más. Pronto, la ira se convierte en furia, y el ciclo continúa.

Por eso Jesús nos dijo que, cuando nos golpeen en una mejilla, ofrezcamos la otra. De esa forma, mediante un acto interior de la voluntad, ponemos fin a la cadena de ira. Jesús nos enseña a romper el ciclo de ira y venganza.

La única manera de erradicar el odio es que cada persona lo absorba y, en su interior, lo transforme en amor. Este camino nos resulta difícil; los seres humanos poseemos una reserva de amor tan pequeña que, si recurrimos a ella, pronto se agota. Entonces debemos encontrar otra fuente de amor para perdonar, una nueva y añadida dosis de misericordia potencial. Es entonces cuando necesitamos a Dios. Necesitamos que Dios nos dé el amor y la misericordia que no podemos generar por nosotros mismos.

Hay dos aspectos que nos facilitan pedir ayuda a Dios para poder perdonar a los demás.

La primera consideración es un hecho que no podemos negar: cada uno de nosotros ha hecho cosas peores a Dios que las que nuestro prójimo nos ha hecho a nosotros. Por eso nuestro Señor nos advierte que no debemos fijarnos en la paja en el ojo del prójimo e ignorar la viga en el nuestro.

Cuando recordamos las ofensas que Dios nos ha perdonado, comprendemos que no estamos en posición de negar el perdón a nuestro prójimo. Jesús lo expresa con claridad en el Evangelio de hoy: «Te perdoné toda tu deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haber tenido compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti?» (Mt 18:32-33). Cuando alguien nos lastime, recordemos cuánto nos ha perdonado Dios.

La segunda consideración que nos impulsa al perdón puede reducirse a términos terrenales. Supongamos que algún enemigo nos ha hecho un daño muy grave. Pero supongamos que el padre de nuestro enemigo viene a nosotros y nos dice que durante años ha intentado que su hijo sea bondadoso y bueno, pero sin éxito. Sin embargo, no ha perdido la esperanza y nos ruega que también nos unamos a sus esfuerzos para salvar a su hijo. Tal súplica ablandaría nuestros corazones. Dios es, en efecto, un Padre así. Él, que es paciente con sus hijos rebeldes, desea que también seamos pacientes con ellos, que intentemos guiarlos hacia el amor.

Este punto se ilustra en una historia de Abraham en el desierto. Una noche, un desconocido se acercó a su tienda y le imploró hospitalidad. Abraham le ofreció la mejor comida, le cedió su cama y lo atendió. Pero el desconocido se quejó, lo reprendió y le encontró fallas. Abraham estaba a punto de echarlo, enojado por su ingratitud, cuando Dios le habló. «Abraham», le dijo, «Yo he soportado a este hombre durante cuarenta años. ¿No puedes aguantarlo ni una sola noche?».

El perdonar es algo muy serio. No perdonar a otros puede afectar tu salud física, tu salud mental y tu bienestar general. Si hay alguien en tu vida a quien no perdonas, recuerda que Dios te ha perdonado todo. Esta semana, perdona, libera, ve a confesión, y permite que Dios purifique tu corazón para que puedas experimentar plenamente la libertad y la liberación que te ofrece.

Y recuerden, nuestra capacidad de perdonar a los demás por sus ofensas proviene únicamente de Dios. Él no nos negará ese poder si se lo pedimos. Sus propias palabras nos dicen: «Sean misericordiosos, pues, como su Padre celestial es misericordioso». No juzguen a nadie, y no serán juzgados; no condenen a nadie, y no serán condenados; perdonen, y serán perdonados. La medida con que midan a los demás, será la medida con la que se les medirá a ustedes» (Lucas 6:36-38).

Sirácides 27:30—28:7

Salmo 103:1-2, 3-4, 9-10, 11-12

Romanos 14:7-9

Mateo 18:21-35